

CAP. XLIII. *Del Honor.* 298
 CAP. XLIV. *Propónense á los jóvenes otros motivos para seguir el camino de la virtud: quan necesaria es la de la fortaleza, y medios para perseverar en ella.* 308



DE LA
FILOSOFIA MORAL

CAPITULO XXVI.

De la caridad civil, ó del amor que debemos tener á los otros hombres, como tambien de la amistad, beneficencia, y liberalidad.

§. I.



NO se explicaría mal quien llamase monstruo al que en este mundo amase solamente á una persona, esto es, á sí propio. La naturaleza, la razon, y la religion nos enseñan que debemos amar á nuestros iguales, esto es, á los otros hombres. Este amor puede considerarse de dos modos: podemos amar á los otros hombres por un fin sobrenatural; esto es, por amor de Dios, y porque así lo quiere, y manda este Señor, y entónçes este amor se llama *caridad christiana*: podemos tambien amarlos por fines, y motivos naturales, y humanos puramente; y á esta aficion, á este amar podemos llamar *caridad civil*. De aquella primera, que es una de las virtudes mas importantes, y necesarias, á que está obligado todo hombre que profesa la ley de Jesu Christo, no hablo yo ahora, habiéndolo hecho con bastante extension en el tratado, que sobre

esta importantísima materia tengo dado á la estampa. Hablo solamente de la otra caridad, que puede tambien ser virtud en el hombre, y virtud muy laudable; pero quando se exercite sin intencion de agradar á Dios, queda en la clase de virtud civil, ó natural. El hombre que no carece de juicio, y que entiende los sacrosantos documentos de la ley christiana, ha de elevar esta virtud, y santificarla, amando á los otros por complacer aquel buen Dios, que tanto nos amó, y ama á estas pobres criaturas suyas. Debemos decir entre tanto, que la naturaleza, y la razon, no solamente nos prohiben el aborrecer, y dañar á los otros hombres; pero algunas obligaciones nos mandan, y otras nos aconsejan, que debemos manifestarles con las obras nuestro amor. Quando nos mandan, entónces la caridad viene á ser parte de la virtud de la justicia; quando nos aconsejan, entónces es esta misma virtud una virtud singular, y distinta de la otra. Quando nos consideramos como conciudadanos de este baxo mundo, esto es, como parte del género humano, á quien Dios ha señalado la tierra para habitarla, pide la razon que un hombre ame al otro hombre, porque todos somos hermanos, todos de la misma especie, y todos colocados en este mundo para vivir juntos en él. Y siendo el hombre un animal sociable, la misma sociedad pide, y no puede estar sin amor. Puede llamarse una bestia el que aborrece la compañía de los otros hombres, y ama únicamente á la soledad, quando á esto no le impide otra mayor virtud, como la de entregarse á la contemplacion de Dios, y á la reforma de sí mismo, guardándose no obstante de los malos humores que suele causar el retirarse de la compañía de los hombres. Tenemos licencia para llamar inhumano al que se ama á sí propio con tanto ahinco, que no tiene amor á otro de su misma especie; y será peor si este mismo desease, y pudiese hacer que una gran parte de su misma especie le sirva forzadamente, y le procure á él solo todo bien, y la satisfaccion de qualquier gusto, y capricho suyo, sin

que él procure, ni se afane poco, ni mucho por el bien, y felicidad de los otros. Puede conocerse mas conveniente la union de afectos entre los que son de una misma Ciudad, y patria, y mucho mas si son de una misma familia; porque debiendo todos desear, y procurar, no solamente la felicidad propia, mas tambien la de la patria, y familia, no puede lograrse esta si no concurre un vínculo de amor entre los parientes, y conciudadanos; y sería sin duda una pretension abominable la de quien pidiese, ó desease que todos los otros le quisiesen, y le hiciesen bien á él solo, sin que se dignase jamas de amar, ó hacer bien sino es á sí propio.

§. II.

POR tanto, en todo hombre debe haber un amor general ácia otro hombre; y ademas otro mas particular, y estrecho á proporcion de la mayor union de los intereses entre los mismos hombres. De consiguiente debemos desear el bien á los de nuestra misma naturaleza, y despues que lo hayan conseguido no enviárselo, ayudarlos en las necesidades graves, y mucho mas en las extremas, mantener la paz, y concordia con todos, quanto sea posible, siguiendo el dictamen de los antiguos, que nos dexaron escrito: *Pacem cum hominibus habebis, bellum cum vitiiis*: hemos de tener guerra no con los hombres, sino con los vicios. En suma, debemos tratar con todos honradamente, acordándonos siempre, que aun el hombre mas baxo, y vil es criatura semejante á nosotros, y nuestro pariente en cierta manera; y que es misericordia de Dios, y no mérito nuestro, el que nos hallemos superiores á los otros, y no en aquel lugar que acaso nos parece tan baxo, y despreciable. Ademas de esto, hemos de perdonar, y compadecernos de las miserias de los otros, y condolernos de sus desgracias; y aun quando el hombre por su culpa merezca un justo castigo, no por eso debemos dexar de compadecernos, le-

yendo siempre en sus desgraciadas caídas lo que tantas veces podría, y todavía puede suceder á nosotros mismos, pues somos formados de la misma greda, y sujetos á las mismas pasiones, y flaquezas. Es muy oportuna á este propósito la observacion de Publio Mimos: *el que se mueve á compasion, dice este Autor, al ver las calamidades de los otros, se acuerda de sí mismo. Qui in homine calamitoso est misericors, memor est sui.* Todo este orden de un hombre para con otro, es obligacion que nos ha impuesto la naturaleza, y el practicarle puede tambien ser virtud. Y ciertamente debe llamarse virtud, quando este amor tiene manos, y pasa á las obras; esto es, á hacer bien á los otros, ó sea á la patria en comun, ó sea á los particulares, segun lo piden las ocasiones, y circunstancias, y les ayuda en sus necesidades, esparciendo sobre ellos el rocío de sus beneficios de un modo, ó de otro; porque son muchas las maneras de hacer conocer á los demas hombres el buen corazon, y afecto, sufriendo con paciencia las injurias, y perdonando generosamente las ofensas; en una palabra, haciendo con los otros lo que quisiera que hicieran los otros consigo mismo. De aquí, como de su fuente, nacen las hermosas virtudes de la magnanimidad, afabilidad, liberalidad, misericordia, clemencia, y otras no menos nobles, que todos alaban. Es facil de conocer aquí (aun sin producir los admirables, y claros documentos de la ley de Christo), que el Supremo Artífice, poniéndonos sobre la tierra para vivir con tantos de un mismo género, ó de una misma naturaleza, y especie, ha deseado, y desea que ademas del orden esencial de la justicia, se conserve entre todos nosotros aquel otro orden hermoso del amor. Y quando estos dos órdenes se conserven unidos, es cosa clara, que así el comun, como qualquier persona particular podría esperar una gran parte de aquella felicidad que continuamente andamos buscando, y tan difícilmente se logra, no por otra causa, que por la falta de caridad, y justicia.

el amor que se tiene entre sí mismo, y entre los otros, como se ve en el §. III. de este libro.

Podría preguntarse aquí ¿si acaso hay escasez de amor en el mundo? No por cierto, ántes hay en él una abundantísima cosecha; pero de aquel amor que causa entre los hombres un sin fin de disgustos, y desconciertos: de aquel amor bestial opuesto á toda razon. Hablo del amor entre personas de diverso sexo, que es una de las pasiones mas peligrosas, á que está sujeto el barro de que está formado el hombre. No me detendré aquí á examinar determinadamente alguna de las locas extravagancias á que por sus pasos contados conduce, y lleva este afecto brutal, porque este es un pais de una grande extension: bastará el insinuar, que son infinitas las tempestades que se encuentran en él. Ni las experimentan únicamente aquellos que por fines brutales se atascan en este lodo: tienen tambien su parte los que entran llevados de un legítimo afecto. ¿Qué no sucede á muchos, que, ó tienen zelos, ó un afecto demasiado tierno, y dulce á sus propias mugeres? ¿Y tendrían fin el catálogo de las aventuras de que abunda la historia de aquellos, y aquellas que quieren agradar á todos, y á todas? Qualquiera que es sabio, al mirar tantos naufragios como padecen otros en este mar borrascoso, no quiere entrar en él, teniendo siempre delante de los ojos aquel proverbio verdadero: *que el amar por pura sensualidad, y el ser sabio, son dos cosas incompatibles al mismo tiempo.* O de otra manera: *amor, y juicio no caben en un cortijo.* Pero si el sabio determina unirse con el lazo del santo matrimonio, es la razon, y no la pasion la que toma por consejera, y guía para elegirse una compañera. Mas atiende á la belleza del ánimo, que á la del cuerpo, mas á la abundancia de las virtudes, que á la quantiosa y rica dote; porque las personas que llevan á su casa un complejo de virtudes, llevan la dote mas rica, y mas envidiable. Asimismo quando el hombre sabio determina tomar otro

estado, recurre á quantas armas puede ministrarle la Religion, la Filosofía, y la prudencia, para defenderse con ellas de los asaltos de la feróz concupiscencia. Pero este es un argumento muy dilatado, y no menos delicado, de modo, que de buena gana me vuelvo al primer asunto, esto es, al amor civil, y general del hombre para con los otros hombres, el qual, como hemos visto ya, puede llegar á ser una estimable virtud. Pasemos, pues, á observar el modo con que se regulan los mas de los hombres en el exercicio de este amor, cuyo nombre es tan ruidoso en el mundo, hallarémos que por lo comun se mezcla, é interviene con este amor el baxo interes, y pocas veces la virtud.

S. IV.

CON efecto, el ardiente, y demasiado amor que tenemos á nosotros mismos, va buscando continuamente placeres, comodidades, dignidades, protecciones, y auxilios: en una palabra, va buscando quanto nos figuramos, y juzgamos que pueda cooperar poco, ó mucho á nuestra felicidad. Muévese, pues, nuestra alma con los deseos á aquellas criaturas racionales, que nos parecen capaces de hacernos bien, y que verisimilmente querrán hacérselo; y á medida de aquel bien, utilidad, ó delectacion, que esperamos, ó comenzamos á conseguir, comienza tambien en nuestro corazon, ó por mejor decir en nuestro entendimiento á formarse el amor; y quanto mas crece la cosecha del bien, tanto mayor es el afecto de nuestro corazon al objeto fructuoso, y útil para nosotros; esto es, tanto mas se aumenta en nosotros aquel afecto que llamamos amor. El deseo, y la estimacion de alguna persona, ú otra qualquier cosa, puede hallarse en nosotros sin amor; pero el amor no suele nacer, ni durar en nosotros, criaturas interesadissimas, sin la posesion, ó gozo de algun bien, que proceda realmente, ó á lo menos lo concibamos como ase-

qui-

quible, de aquel objeto que amamos. Preguntad á los que pasmados, y atónitos siguen, y persiguen alguna de las beldades animadas, pero que esta sea fria, desdenosa, ó como dicen los Poetas cruel: Hállanse estos bien lejos sin duda de lograr la posesion de aquel objeto amado, y con todo jurarán ellos que están perdidos de amor; y si no pueden llamar suya aquella persona, con todo, sienten una grande alegría; y gozo en mirarla, y contemplarla, y en oirla hablar; y lo que es mas, levantan en su interior mil esperanzas, é imaginaciones ácia aquella tal criatura, y ácia el dichoso momento en que hubieren logrado conquistarla. Todo esto puede á veces ser para ellos una rica mina de gustos, consolaciones, y deleytes; pero mezclados con mil amarguras, y afanes, que unos á otros se siguen mutuamente. Pero córtenseles á estos pretendientes todás sus esperanzas, y ved ahí truncado todo su gusto, y entónces el amor, cortadas las alas, huye, y se esconde. Lo mismo que digo del amor puede decirse poco mas, ó menos de la amistad, con cuyo nombre significamos el correspondido, y mutuo amor entre dos personas. De dos maneras puede ser esta; la una, que se funda sobre la virtud, la otra sobre el interes. Por lo que mira á esta última, séame lícito el decir aquí, sin andar en muchos cumplimientos, que la amistad entre los hombres por lo comun no es otra cosa que un tráfico, en que el amor propio se propone alguna ganancia, ó provecho. Por tanto, nó nace, ni se conserva esta amistad, quando un amigo no saca del otro mutuamente algun bien, y provecho: consista este, ó en consejos, ó en auxilios, y asistencias, ó bien en el gusto que tienen de razonar, y conversar entre sí, ó de confiarse mutuamente sus secretos, ó de tener unidos sus designios particulares, sus divertimientos, ó intereses, de manera, que el bien, y el mal del uno sea comun al otro. Donde falte este cebo, ó yesca, la amistad, que solamente tiene por objeto el interes, presto caerá, y se desvanecerá como humo.

TAL suele ser por lo comun el origen, y fundamento de los amores que frecuentemente usamos, y de nuestras amistades mas comunes. Nos parece que amamos á los otros, ó que somos amados de ellos, y se decantan, y ensalzan estos afectos; pero al ajustar las cuentas se hallará, que nosotros propriamente, ó á lo menos mas principalmente nos amamos á nosotros mismos amando á los otros; esto es, amamos, y apreciamos aquel deleyte, aquella utilidad, y ventaja que resulta en nosotros, ó creemos que resultará de aquella persona que decimos amar; y en tanto podrá decirse que tenemos amor á tal persona, en quanto en ella reconocemos la fuente, y origen de aquella utilidad, ó deleyte, y quitada esta persona, nos faltaría aquel bien que sacamos de ella. Del mismo modo amamos tambien las ciencias, los libros, las virtudes, las dignidades, y otros semejantes objetos que se hallan, ó en uno, ó en muchos sujetos; porque de cada uno se refunde, ó nos figuramos que pueda refundirse en nosotros algun bien de que goce, y con que se alegre nuestra alma. Este documento del interes, podemos decir que nos lo dicta la misma naturaleza. Observemos á los niños, que apenas destetados, y capaces de hacer uso de la razon, aman tan estrechamente á su madre, ó á su ama; y por qué es esto? No por otra cosa sino porque ya empiezan á conocer que de aquella tal persona, y no de otra, reciben el alimento, las caricias, auxilio, y proteccion en sus necesidades. Ved aqui la razon por que los niños se ríen mirando á sus madres, por que se acogen á ellas al punto que temen algun peligro, y se enojan, y lloran, quando se les apartan de su lado. A la verdad no podemos disimular, que en los amores entre un hombre, y otro hombre, entre una, y otra muger, y mucho mas en los del uno al otro sexó, tiene no poca parte aquello

que llamamos instinto, el qual creemos que solamente es propio de los brutos. He dicho ya en otra parte que llamo instinto á todo aquello que naturalmente, y sin reflexion obramos solo con oír, ó ver ciertos objetos que engendran en nosotros mismos un movimiento, ó de amor, ó de odio. Prueban este movimiento los niños á la vista de alguna serpiente, ó bestia montaraz; y el Boccacio explica con gentileza el efecto natural que causa en el un sexó humano el mirar al otro, con la novela de aquel jovencito que crió su padre en el desierto, el qual la primera vez que se encontró con aquellos animales que se llaman mugeres, al punto deseó de tener uno á sus órdenes. Ciertamente que hallamos en los brutos una que podemos llamar ciencia, la qual les enseña la naturaleza misma, que bien considerada, y comparada con la total ignorancia en que nace el hombre, y en la que viviria si no practicase con otros, es digna de maravilla; como lo es una arañuela, que apenas ha nacido, y salido de su agujero, quando ya sabe texer artificiosas telas, y mostrar tanta industria para cazar las moscas. Aun mayor admiracion deberá causar el artificioso magisterio que emplean las golondrias en las fábricas de sus nidos, como tambien la de las abejas, las abispas, y otros varios paxarillos de nuestra Europa; y mucho mas lo que nos dicen de los castores de la América Septentrional, si fuese verdad todo lo que de ellos se cuenta; pero acaso muchísimas acciones, artificios, y movimientos de los brutos, y especialmente el canto sonoro de muchos páxaros, proceden no ya de la enseñanza de la naturaleza, pero si de una escuela diversa, qual es el exemplo de otros iguales suyos, de los quales solamente al primero enseñó aquel Divino Artífice que le formó. Como quiera que sea, en el amar, ó dexar de amar á otros debemos confesar que la reflexion del entendimiento, y alguna razon justa, ó en la realidad, ó en la apariencia, es por lo comun el principio que despierta, ó mueve nuestro afecto; pero no puede negarse que no sea

capaz la fantasía sola de producir tal vez el mismo movimiento sin que sepa dar razon de él, así como sucede de los gustos, y sabores agradables, y desagradables. Toda madre suele ser amante, si no ya idólatra de su hijo pequeño; ni yo tengo dificultad en llamar á esto un bello instinto, oportunamente impreso en ellas por el Divino Artífice, para que tengan solicitud, y paciencia en alimentar, y criar su partos para la conservacion de la especie. La misma urgencia ha impreso Dios en muchos de los animales para con sus hijos. Todavía concurre tambien la fantasía materna á la produccion, y conservacion de este tierno amor para con sus hijos, pareciéndole á la madre que mira en aquel niño una parte de su mismo individuo, y una bella hechura, que cree ser suya propia. Ademas de esto puede concurrir tambien al mencionado amor aquella razon secreta, por la que muchos padres miran en sus hijos aquella esperanza de que algun dia, y especialmente en su vejez, será recompensado este amor con diversos socorros, y auxilios de aquellos mismos hijos, y el gozo de verse como nuevamente criados en ellos, y mantenida por su medio, y acaso elevada á mejor fortuna su propia casa.

§. VI.

DEL mismo modo interviene alguna vez en las amistades un instinto secreto, que con otro nombre se llama genio, y tiene su asiento en la fantasía, tomándose facilmente afecto á una persona de semejante trato: al modesto, alegre, ó liberal aspecto de su rostro; al garbo de su risa, al dulce sonido de su voz, y conversacion: á sus ingeniosas respuestas, á sus graciosidades, y reflexiones, y á otros movimientos de su cuerpo; como tambien se prende facilmente aborrecimiento contra genio, y antipatía por aquellos mismos objetos muy opuestos, y diversos. Es verdad con todo eso, que en el primer caso en tanto nos aficionamos á aquel su-
ge-

geto, en quanto aun sin reflexionar aprehendemos aquella voz, aquella fisonomía, y demas modos externos, como por señales de un interior que creemos bien ordenado, y de un alma, que puede hacernos bien, si logramos el ganarla por amor. Pero entre tanto séame permitido el decir, que quando un hombre se determina á amar á otro hombre, buscando en él la correspondencia, ordinariamente hace oficio de mercader; esto es, va buscando alguna ganancia, ó útil, ó deleytable. Puede muy bien quedar defraudado, ó engañado en la consecucion de este fin; pero no nos engañaríamos jamas, creyendo que este sea el fin que él intentaba con su amor; porque á la verdad no dexa de ser traficante tambien aquel que es desafortunado en su tráfico. Ni yo aquí intento desacreditar en la menor cosa el sagrado nombre de la amistad, que se halla en tantos sugetos, con hacerla comparecer, solamente como un vil interes, cubierto con el hermoso, y venerable nombre de amistad. Porque debe observarse, que todo el que obra segun la razon, y virtuosamente, aunque no pierda de vista el interes, ó el apetito de su propio bien, obra como sabio, y su interes es noble, aprobado por Dios, y alabado justamente por los hombres. Y si hay tráficos honestísimos, y laudables, puede este llamarse uno de los mas bellos, y nobles; y si aun pareciese llamarlo mercantil, acordémonos que hay mercantes dentro de su esfera mas honrados; esto es, mas dignos de honor que otros muchos, los quales siempre tienen en la boca el honor, y se glorian de sus puntillos vanos.

§. VII.

PAsemos ahora á la otra especie de amistad, esto es, á la que está fundada en la virtud, la qual por causa de su noble fundamento, puede llegar á ser nobilísima, y merecer sin duda el nombre de virtud. Se verifica esta en nosotros, quando amamos á otro sugeto
por-

porque es virtuoso, sabio, verídico, y tiene otras semejantes qualidades, que son fundamento de una durable amistad; porque solamente la virtud del ánimo es la que puede formar las verdaderas amistades, que solo divide la muerte. Por tanto decimos que el hombre sabio debe procurar en quanto pueda lograr tales amistades, y ganarse no pocos amigos de estos, reduciendo no obstante su confianza á algunos pocos, y escogidos en que él descubrirá mayor mérito, mayor caudor, y mas permanente fé. No puede explicarse cuánta delectacion, consuelo, auxilio, y ventajas, quanto bien, para decirlo en breve, pueda redundar en el hombre de la provision de los buenos amigos; esto es, de amigos adornados con las mas bellas virtudes morales, así en la próspera, como en la adversa fortuna. Gran remedio para las opresiones del corazon el tener un fiel amigo á quien poder confiar tus gozos, tus melancolías, tus esperanzas, sospechas, y temores, y que pueda advertirte, y corregir tus errores, y defectos. Aquel recrearse despues de las fatigas con la compañía de una persona amada, aquel depositar sus secretos en el corazon del amigo, el escuchar sus consejos fieles, y desapasionados, aquel obrar mutuamente el uno por el otro, el sosteerse en sus diversas necesidades, aquella ansia que tiene el uno por la felicidad del otro: además del honesto placer que resulta de tratar, y conversar con personas de buena ley, que aman solamente las buenas obras, y procuran el verdadero honor: todo esto, decia, nos hace conocer la importancia, y utilidad de tener, y conservar buenas amistades. En suma, la verdadera, y laudable amistad es aquella que empeña dos personas á trabajar mutuamente la una por el bien de la otra, y tiene su fundamento en las virtudes del ánimo. Juzga Cicerón que el primer paso para procurarse uno el amor del otro, sea la consideracion de la utilidad, y placer que puede sacar de esto; pero luego que se ha establecido la familiaridad por el dilatado uso de tiempo, entónces no

sc

se necesita de otra cosa que del amor, el qual obra entónces de tal manera, que aun sin que intervenga utilidad, no dexen los amigos de amarse mutuamente. Así debería ser, y ciertamente puede ser así, donde se trate de amistades establecidas, y entabladas por medio de la virtud; pues por lo comun vemos que tanto dura el mutuo amor entre los amigos, en quanto sigue á producir siempre algun placer, ó ventaja presente, la qual sin duda suele ser la conversacion, y la comunicacion de pensamientos, proyectos, y negocios; ó tambien se espera esta ventaja de qualquiera ocasion que ocurra, pensando el amigo que sucediendo desgracias, empeños, ó otras necesidades, se esforzará, y hará todo lo posible el otro amigo para ayudarlo, y defenderlo. Ni tengo dificultad en decir, que aun en aquellas amistades, que se forman de las virtudes del ánimo se mezcla tambien algun interes; porque el ingenioso amor propio no dexa de ser un traficante sabio, y un mercader solícito siempre que se emplea en adquirir amistades honestas, y procura conservarlas. No es una pequeña ganancia el adquirir un amigo. Aun los grandes señores, no obstante que su poder parezca no tener necesidad del amor, y amistad de otros, con todo, tanto mas se dan á conocer atentos á aquello que les es útil, quanto mas se hacen amar, no diré solamente de sus súbditos, mas tambien de los extraños: no solamente de los mas altos, mas tambien de los humildes, y baxos. El principio, ó el complemento de una gran fortuna, ó desgracia no viene siempre de la inmediata operacion, y evolucion de alguna grande rueda de esta máquina, para explicarme así: trae tambien alguna vez su origen de algun pequeño muelle, que á las veces se desprecia, y á las veces se practica, y pone por obra.

§. VIII.

Tanto menos me arrepiento de haber llamado un tráfico la amistad ordinaria de los hombres, quanto

tengo necesidad de este nombre para dar á conocer el orden, y las obligaciones del un amigo para con el otro. Las leyes bien fundadas del negocio honesto consisten en que de la venta, compra, ó cambio, qualquiera de los dos contrayentes ha de sacar un conveniente provecho: otro tanto piden tambien las amistades. El que quiere ser amigo de otro solamente por chupar de él lo que le tiene cuenta, como son favores, auxilios, placeres, y otros frutos útiles, ó deleytables, sin el querer él contracambiar á las ocurrencias del otro, no merece el nombre de amigo, y casi puedo decir, que le conviene el nombre de engañador, y de ladrón. Tambien hay algunos que se llaman amigos de estornudo, de los quales lo mas que se puede esperar es un *Dios te ayude*. Solo es verdadero amigo el que mira al otro como á sí mismo. Y si nosotros quando podemos no cesamos de hacernos bien á nosotros mismos, es cosa razonable que quando pudiéremos hagamos bien al amigo, con tal que hablemos verdad, quando le llamamos *otro yo*, ó una parte de nosotros mismos. De otra manera no será nuestra amistad union de corazones, sino una cruel sociedad leonina. Yo no determino aquí hasta donde se extienda esta obligacion, siendo cierto que no todas las amistades son de un mismo calibre; y por tanto no pueden tasarse todas las obligaciones del un amigo para con el otro. Basta decir que debe haber alguna proporcion entre el dar, y el recibir, interviniendo en esto las leyes de la justicia. Quando alguno te se presenta entrañable amigo en el contexto de una carta, y en pomposas frases te manifiesta su cariño, puede rezelarse que todo su amor se reduzca á sola su lengua; y si acaso pasase á su corazon, puede dudarse si te busca á tí, ó alguna cosa tuya, haciendo en este caso lo mismo que practican aquellos mozelos enamorados, quando intentan combatir la plaza mal fortificada de alguna beldad. En estos casos no hay obligacion de corresponder á un amor que consiste todo en buenas palabras, sino es con pa-

palabras buenas; ó si tú no sabes, ni entiendes aquella xerga, ó no quieres perder el tiempo en aquellos cumplimientos excusados, te dará por libre aun de la obligacion ya insinuada la escuela de los mejores sabios. Para conocer el amor verdadero (hablemos francamente) es necesario tiempo, y repetidas pruebas. Las adversidades son la piedra de toque mas segura. Pero supongamos que el amor sea verdadero, esto es, amor con obras, ó faltando estas por lo menos no falte el buen afecto: en este caso sería una indigna superchería, un tráfico injusto, si tú, aceptando al amigo, y sus beneficios, no hicieses cosa alguna de tu parte para manifestarle con obras tu correspondencia. Sería tambien una vileza el esperar solamente los efectos del amor en tu amigo para corresponderle despues. Los mejores amigos se adelantán, y se hacen acreedores, no porque deba entre los amigos usarse continuamente de la pluma, y el papel para poner las partidas de recibo, y data con aquella puntualidad, y rigor que se usa entre los mercaderes. La obligacion de contracambiar al amigo, solamente urge quando se presentan las ocasiones, y siempre ha de tener pronto el ánimo de hacerlo así, sin reparar en delicadezas. Por lo que, si es verdad que por tu bien propio te alegras, y gozas de que otro te ame, y te favorezca, del mismo modo debes suponer que los otros buscan, y desean tu amistad por su propia comodidad, y ventaja: de otro modo, si descubren que solamente te buscas, y amas á tí mismo, y por tanto eres un mal pagador, y un ingrato, por lo menos sabrán guardarse de ser en adelante demasiado fáciles en creer, y no cultivará un arbol tan escaso, ó estéril de frutos: *Non erit amicus, ipse si te ames nimis*. Esta es una verdadera sentencia de Publio Miuo: si te amas mucho á tí mismo, no llegarás á tener un solo amigo; por lo demas sé muy bien que en este comercio laudable, y honesto, que llamamos amistad, algunas veces interviene, y se mezcla el nombre de ingrato, y de injusto, á las

veces no sin razon, pero muchas contra ella. Si algunos faltan á la correspondencia con sus amigos, otros tambien igualmente pecan, pretendiendo de ellos mas de lo justo; por lo que á un mediano, y ordinario amor no se le deben las finezas, y recompensa que á un amor extraordinario: rarsimas son las ocasiones en que un amigo pueda pedir á otro justamente que sacrifique por él, ó su fortuna, ó su hacienda, ó su vida. Y ciertamente jamas se dará caso que el uno se halle obligado á sacrificar su honor, ó á gravar su conciencia con malas obras en favor del otro. Preocupados están con las falsas ideas de honor, y de quimeras de una amistad fabulosa, y romancesca todos aquellos que no saben negarse á un amigo quando les busca para acompañarlos á un duelo, á una prepotencia, ó á un engaño. Célebre es el antiguo proverbio *amicus usque ad aras*.

§. IX.

Todo lo que se ha dicho pertenece á las obligaciones de aquella amistad, que va junta con el interes, y que ordinariamente es la que se usa en el mundo. Añadiendo ahora, que deberiamos desear otro mas excelente, y sublime fin, ó término de la caridad entre los hombres. Este consiste en el amar á los otros, y manifestarles con las obras este amor; no ciertamente por aquella vil ansiedad, y vulgar esperanza de cobrar de ellos otro tanto, ó mayor bien quando llegue la ocasion, sino para manifestar á todos, si fuese posible, ó por lo menos á los que mas lo merecen, el generoso corazon, y el genio benéfico que tenemos. Así lo practica el que tiene un ánimo grande, haciendo de este modo, que el amor civil, y la amistad pase á ser una heroica virtud, quando muchas veces no es otra cosa que un lícito, y simple comercio, y alguna vez un utilísimo tráfico. Obrando como se ha dicho arriba, no puede impedirse que á uno, que tan singularmente ama á los otros hombres,

no

no les siga una gran recompensa, que consiste en aquel premio que se da á la virtud verdadera, aun quando esta no le busca; quiero decir, aquel consuelo interior, que siente en sí mismo el hombre sabio, quando obra virtuosamente; y aun ademas adquiere alabanza, y gloria, y un buen nombre entre la gente, lo qual en la vida civil suele servir muchas veces para aumentar la fortuna, y la felicidad de los mortales. Con efecto, la beneficencia, y la liberalidad, virtudes que solo se hallan en los grandes hombres; la afabilidad, y la cortesia, que son virtudes mas someras, se conocen facilmente por medios muy proporcionados para traer, y comprar, digámoslo así, el corazon de los hombres. Reparad en un hombre, que imitando de alguna manera la naturaleza del Supremo Criador, derrama beneficios, en quanto puede, sobre qualquiera persona que á él recurra, y sin reparar en intereses de sus bienes, y tesoros generosamente á los otros: este, quanto mas se manifiesta superior al interes, y al amor de la hacienda, tanto se hace mas digno de ella, y parece que mas ha nacido para el bien público que para sí propio; y aunque no todos gocen de sus amorosos influxos, todos, no obstante, esperan que en alguna ocasion podrán gozarlas. Lo que debe, pues, considerarse, y observarse con cuidado el que es liberal, y benéfico, es el tener siempre al lado de estas hermosas virtudes la otra no menos importante, que es la prudencia, para no caer en excesos, ó en defectos. No es de hombre sabio, y prudente el desperdiciar las gracias, y favores: es necesaria la prudente eleccion, y acordarse de aquella utilísima observacion de Publio Mimo: *Beneficium dignis ubi des, omnes obligas*. Al que hace beneficios á personas dignas, todos le quedan obligados; porque quando se hacen beneficios á hombres viciosos, bufones, aduladores, y otros semejantes, dexando á los mas dignos; esto es, al que es virtuoso, y al que especialmente cuenta muchos años de fiel servidumbre en comparacion de otros mas mo-

dernos, ó á quien despreciando á los miserables, y necesitados, aplicase su beneficencia para acrecentar únicamente los bienes del que tiene demasiadas comodidades, esto sería acusar su poca discrecion, ó ingratitude, ó por lo menos hacer un gran gasto para comprarse el indecoroso título de protector, y fomentador de los perversos.

Finalmente, la virtud de la liberalidad está reservada para pocos, pues solamente pueden practicarla los grandes señores; y los muy ricos: además de esto, la liberalidad, por no poderse exercitar sino con pocos, está sujeta á la envidia, y chismes de otros muchos que quisieran, pero no pueden lograr de sus preciosos efectos. No sucede así á la beneficencia: esta tiene campo mas anchuroso, porque puede comunicar á otros sus recomendables frutos, no solamente con dádivas, mas tambien con buenos consejos, con poderosas, y eficaces recomendaciones, y de otros muchos modos muy útiles, y de esta manera debe portarse el que aspira, quanto le sea posible, á conquistar el amor universal de los hombres, y elegir entre todas aquella virtud que hace mas semejante al hombre al mismo Dios. Ni yo me detendré ahora en hablar de la prodigalidad, y de la avaricia, que son vicios opuestos á las virtudes mencionados, una por defecto, y la otra por exceso. Poco discurso es necesario para conocer la imprudencia de los prodigos, y las dañosas consecuencias de su demasiada facilidad en desperdiciar; pero mucho menos se necesita para entender quan vil, y abominable sea el vicio de los avarientos, á quienes falta todo lo que no tienen, y aun lo que tienen, y despues que de mil modos, ya soeces, ya injustos, han juntado riquezas, y tesoros, jamas aciertan con el camino de hacer bien á los otros, ni aun á sí mismos. El pobre carece de muchas cosas; pero al avariento le faltan todas. La Sabiduría Divina

nos enseña esta verdad, y manifiesta el bestial modo con que obran los avarientos: ni es necesario el que yo gaste muchas palabras en describir, ó despreciar este monstruo de la avaricia, cuya fealdad, sin que yo la dibuxe, es notoria á quien se halla libre de ella; y aunque yo grite, no se conseguirá el que la conozca, y aparte de sí aquel que por su desgracia la posee. Ultimamente puede sernos de gran provecho el ganarnos muchos amigos; pero aun no será mas importante negocio el no adquirirmos enemigos. Muchas veces no bastan un centenar de amigos para hacernos tanto bien, como el mal que puede hacernos un enemigo solo. No hay cabello que no haga sombra, ni está siempre en la mano del hombre la felicidad de no tener enemigos, ó quien le quiera mal: basta la malignidad, y la envidia que reynan en el mundo, para que estas malas yerbas nazcan, y crezcan en su terreno, además de ciertos contratiempos á que está sujeto cada uno de los hombres, y mas aquellos que por su oficio se hallan precisados á defender la verdad, y la justicia, los cuales sin culpa suya, y solo por la malignidad agena, suelen ser el blanco del odio, de la indignacion, y de la maledicencia. Basta á cada uno el no comprarse los enemigos con sus malos procedimientos; esto es, con su indiscreta, y maldiciente lengua, con la injusticia, con el desprecio, con la soberbia, con la estupidez, con la rusticidad, con la fastidiosa altercacion, y otros excesos semejantes, que no dexan de ser comunes. *Obra de tal manera, nos dice discretamente el ya citado Publio Mirto, que ninguno te aborrezca por tu culpa. Id agas, tuque merita ne quis oderit.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1972 MONTREIL, MÉXICO

B 2 CA

CAPITULO XXVII.

Del orden que debe observar el hombre consigo mismo.

EL hombre, por fin, está obligado á conocer, y conservar el orden en sí mismo; así en la una, como en la otra de las dos substancias de que resulta este todo; esto es, no menos del cuerpo que del alma: de aquí nace la necesidad que hay en el hombre de aquellas dos virtudes fortaleza, y templanza; que son como la raíz de que brotan otras muchas de las que hablaremos en su lugar. Por lo que mira al cuerpo, no es necesario mucho discurso para conocer quando está bien regulado, y ordenado; porque entónces lo está quando goza de una perfecta sanidad, careciendo de toda enfermedad, y dolor. Quando le sobreviene un dolor de cabeza, ya está desordenada esta máquina, que formó el Criador con tanto cuidado, y diligencia. Será leve el desorden, pero será verdadero, y propio, como lo es quando una sola cuerda está destemplada en una harpa, ó un solo cañon en un órgano. Aumentase el desorden, y desorden; quando al dolor de cabeza se junta la calentura, ó alguno de tantos males, y dolores á que están sujetos los mortales. Por tanto, aunque se considera, y reflexiona muy poco en esto, entre todos los bienes temporales, viene á ser la salud el mas apreciable: sin ella aun la misma vida, que es mas amable, y deseada, puede llegar á ser fastidiosa; porque el que vive oprimido de enfermedades, en continuos trabajos, y dolores, sin esperanza de verse libre de tantos males, comienza á mirar la muerte como un bien, con que se acaban sus afanes, dolores, y miserias. Conviene, ahora, que confesemos, que el introducir en nuestro cuerpo este

orden de la salud, ó sanidad, depende muy poco de nosotros mismos; así como una vez que la salud se perdió, no está en nuestra mano el recuperarla. De aquellas leyes de la naturaleza, que Dios estableció en la union, y movimiento de los cuerpos, proviene el que nazcamos sanos, ó enfermizos; y de las estaciones de los tiempos, del ayre, y de otros muchos accidentes, proviene el conservar, el perder, ó el recuperar la salud, ó finalmente el que sea después de la inexcusable muerte. Por tanto, la salud del cuerpo no es, hablando con toda propiedad, y rigor, objeto de la Filosofía Moral; y si alguna ciencia puede pretender jurisdiccion sobre ella, parece que debe ser solamente la Medicina, la qual tiene mas de pomposa, que de operativa: tiene una buena voluntad, pues promete mucho, pero da muy poco. Con todo, debemos advertir, que el buen regulamento, y la virtud del hombre sabio, pueden influir bastante para mantener sano su cuerpo, y ahorrarle muchos dolores, y trabajos; conservándolo en calma por aquel tiempo que la Providencia le ha señalado de vida. Por este motivo, atendiendo á los documentos de la mencionada Filosofía, es muy puesto en razon que el hombre aspire á conseguir á que la parte de felicidad, que consiste en tener sano el cuerpo, y sin accidente achacoso; pero de esto hablaremos con mas extension en el capítulo XXXIII.

EN segundo lugar se sigue el orden de nuestra alma, y este es el que precisamente se tiene por objeto de la Filosofía Moral, por lo que mira á las costumbres, y operaciones de las criaturas racionales. Por tanto digo, que así como en el cuerpo, quando se halla libre de toda enfermedad, y dolor, se halla aquel orden, y sistema conveniente; así el alma puede decirse bien ordenada en sí misma, quando se halla libre de todo pe-

cado, del error, y del delito (que son propiamente sus desórdenes), y por tanto males morales); ó por lo menos quando siente en sí un verdadero aborrecimiento á estos desórdenes, y hace lo posible para guardarse, ó librarse de ellos. Quando digo *delito*, quiero significar aquella operacion que es contra las leyes del propio país, á cuya transgresion está impuesta pena por la ley. Quando hablo de *pecado*, entiendo la desobediencia á la santa ley de Dios, el qual, como nuestro Supremo Legislador, nos amenaza, y tiene preparados dignos castigos para los que atrevidos y temerarios desprecian, y tienen en poco sus santos preceptos. Llamo despues *error*, no á todos aquellos engaños en que puede caer un hombre, que son casi infinitos, y que no puede evitar, ni de que está libre aun el mas docto, y advertido, sino solamente á los que pertenecen á las costumbres, y acciones morales del hombre. Puede darse el caso que un buen Filósofo se engañe en asignar los verdaderos principios de un cuerpo, ó compuesto, las verdaderas causas de tantas, y tan diversas producciones, que la naturaleza le presenta cada dia á su vista: puede suceder que el erudito se equivoque, y engañe en algun suceso perteneciente á la Historia, en un punto de Cronologia, ó situacion de Geografía: puede acaecer tambien que un diestro Matemático trastorne sus cálculos, y números, y discurriendo del mismo modo de otros muchos: todos estos serán errores; pero no pertenecen á las costumbres del hombre, ni por ellos se reputará el hombre por mas bueno, ó mas malo, quando al error del entendimiento no agregase con demasiada soberbia, y porfiada obstinacion la perversa voluntad, queriendo sostener, y defender como verdadero lo que se le demuestra falso. Quando mas, los mencionados errores indican lo limitado de nuestro entendimiento, ó debilidad de la memoria; pero ni manchan el honor, ni manifiestan defecto de virtud moral. Serán, al contrario, notados, incurriendo facilmente en semejantes

defectos; todos aquellos que impiamente se burlan, des-acreditando á sus próximos, que inocentemente han incurrido en los defectos ya mencionados; pero sin haber causado el menor daño, ni á la República, ni á particular sugeto, ni aun á sí propios: olvidándose estos acusadores de que ellos mismos están sujetos á semejantes desgracias, y accidentes. Los Gramáticos con especialidad son los que mas frecuentemente caen en este feo defecto. Pero quando el error, ó los errores pueden ser, y de hecho son dañosos al público, entónces deben ser tratados con mayor rigor los autores de ellos, bien que siempre será laudable la moderacion en impugnarlos, y mas provechoso para sanar los enfermos de esta casta el uso de la caridad cristiana.

Ahora, pues, para tener lejos de sí, ó para desalojar de nuestra alma los tres desórdenes ya mencionados, es necesario que el hombre haga aquel buen uso de su razon, y de su voluntad, el qual mas principalmente consiste en el sincero, y zelante amor de lo verdadero, y de lo bueno, en todo aquello que mira las operaciones del hombre. Estas deben en primer lugar dirigirse, como hemos dicho ya, á la mayor honra, y gloria de Dios, y no al desprecio de su Magestad, que es nuestro primero, y último fin; por tanto, debemos guardarnos de todo pecado, como cosa tan contraria á la Magestad Divina, y á sus leyes sacrosantas: asimismo deben nuestras operaciones dirigirse á la pública felicidad, y de consiguiente conformarse con las leyes de la justicia, y de aquella república de que somos parte qualquiera de nosotros, no dañando injustamente á los demas, precaviendo de este modo el cometer qualquier delito. Ultimamente, nuestras acciones han de mirarse á la felicidad, y bien estar de nuestro individuo, no dañándonos á nosotros mismos, ni dando voluntaria-

mente motivos á que nos atormenten el cuerpo, y el ánimo dolores, y afanes trabajosos. Qualquiera, pues, que sin prudencia, ni consejo quiera dañarse á sí propio, despreciando aquellos auxilios que le suministra la naturaleza; y los tiene en su mano, para impedir que su individuo no padezca aquellas angustias, y trabajosos males, ó morales, ó físicos, que se pueden evitar: este tal obrará como persona atolondrada, y sin juicio, y contra la inclinación de la naturaleza; y por tanto incurrirá en un deplorable error, con que perjudica á su propia felicidad. Cierto es que no faltan, ni faltarán jamás en este mundo, males físicos, que nos acometen, y afligen involuntariamente; pero en este caso no habrá error alguno de nuestra parte, y de consiguiente, no seremos culpables. Pero por lo que toca á los males morales, no puede dudarse, que habiéndonos dado Dios el libre albedrío, ninguno de estos males podrá forzar la plaza de nuestra alma, ni entrarse en ella, si el consentimiento de nuestra voluntad no le abre la puerta. Nos ha dado también nuestro buen Dios la luz de la razón, que nos sirve de guía, y escolta en la elección de todo aquello que es conveniente á cada uno, y á su propia felicidad, y para evitar todo aquello que le sea contrario, y dependa de nosotros: por tanto lo primero que debemos atribuir al buen uso de la razón, debe ser el orden tan necesario al hombre para su gobierno; y por el contrario, el desorden, quando abandonando, ó no queriendo prevalerse de la razón, ó por malicia pura, ó por accedida floxedad, cargan sobre él desgracias, y trabajos, ó por mejor decir, y lo hace venir sobre sí por el mal uso de la razón.

A Esta razón, que es la dote esencial del entendimiento, debe agregarse, y unirse la voluntad, constantemente resuelta á elegir, y querer aquello que la razón

zon

zon le propone, como bueno para seguirlo, ó como malo para evitarlo. Y aunque comunmente la voluntad sea reputada por una potencia ciega, y sea cierto que no se determina á querer sin que el entendimiento, que es el ojo del alma, le represente los objetos amables, ó aborrecibles, gratos, ó ingratos; con todo, como ya dexamos dicho, enseñados de la experiencia, puede la voluntad tener alguna fuerza, y dominio sobre el entendimiento; y si la voluntad está desordenada, podrá también desordenar la otra potencia. Pongamos, y observemos una voluntad habituada en el mal, v. g. en la demasiada afición al vino, al juego, á la luxuria, al interés; bien que la razón, ó la mente conozca la deformidad de estas acciones, y el grave daño que causan, ó pueden causar al hombre; con todo, no quiere ceder la voluntad, y se determina, y quiere proseguir en la elección de aquellos objetos, verificándose entonces la celebrada sentencia de Ovidio: *Aliudque cupido, mens aliud suadet. Video meliora, proboque, deteriora sequor.* Ved aquí la batalla entre la razón, y el apetito, y como queda vencida aquella por el impetuoso desenfrenamiento de este otro. Sucede no pocas veces, que la voluntad acostumbrada ya al desorden, trastorne, y ofusque la luz de la razón, ó del entendimiento, de tal modo, que el bien le parezca, y lo tenga por mal, y al mal por bien. Ponedme una persona preocupada toda del espíritu de la venganza, y hallaremos que su voluntad está en continuo movimiento ácia aquel objeto, y que el entendimiento arrebataado, y como forzado por ella, anda siempre meditando los modos, y medios de satisfacer aquel deseo. Presentase despues una buena ocasión de vengarse, y queda trastornada la potencia cognoscitiva, pareciéndole que es muy justo, y debido en aquella ocasión lo que no lo es en la realidad; y por qué sucede así? Porque la voluntad arrastrará al entendimiento á que medite, halle, ó invente aquellas solas razones, que parece que justifican la acción de vengarse,

sin

sin que le permita reflexionar sobre las otras mas poderosas que militan por la parte contraria. En semejante engaño, y abuso incurrimos muchas veces en otros casos; ni debemos maravillarnos de esto, si atendemos á que á un tiempo mismo, y aun ántes que la razon, y el entendimiento, nacen, y despuntan en el hombre, brotando de la raíz de nuestra naturaleza los varios apetitos sensitivos, de que ya hemos hablado; y de consiguiente nacen tambien las pasiones, como hijas de aquellos padres: unos, y otras tienen dentro del hombre un gran poder, y fuerza; y quanto son mas orgullosos los apetitos, y mas poderosas las pasiones, tanto menos brio tiene la razon para contenerlos, de manera que algunas veces queda la voluntad determinada, no por la razon, ó entendimiento, sino por la pasion dominante, ó por el apetito desenfrenado demasiadamente. En el Capítulo XVI. hemos hablado del apetito del placer, y referido allí la sentencia del Loke, sutilísimo Filósofo Ingles, el qual es de sentir, que siempre que la voluntad se determina á obrar, proviene su operacion del *uneasiness*; esto es, de aquella desazon, ó inquietud que se forma en el alma, la qual, segun él mismo se explica, no es propiamente diversa de lo que llamamos deseo, siendo esta, y no ya el mayor bien, la que mueve al alma á elegir, ó desechar á este, ú al otro objeto. Me parece haber demostrado allí bastantemente, que no puede sostenerse esta sentencia tan generalmente pronunciada, porque la recta razon, reconociendo por sí sola el bien que nos puede provenir de esta, ó aquella accion, puede placidamente mover la voluntad á que la execute, sin que preceda esta desazon; y sin la menor inquietud. Propone la razon, que es tiempo de caminar, tiempo de orar, de leer, de trabajar, de servir al amo, de estudiar, &c. al punto se hace lo que la razon propone, sin que se advierta en esto algun impulso de inquietud, ni desasosiego, antes suele suceder al contrario; esto es, que el desasosiego, y la inquietud se opongan á la ra-

zon,

zon, y viniéndolos esta, hace que la voluntad no quiera otra cosa que lo que la razon le aconseja. Con todo, no dexa de ser verdad, que en el corazon del hombre excitán un gran tumulto muchas veces aquellos pensamientos que llamamos tentaciones, quando proponen á la voluntad como asequible el placer de algun bien util, ó deleytable, pero ilícito, y prohibido; y estas tentaciones tambien acometen, y afligen á los buenos. El desasosiego, y agitacion en que se halla el alma quando en ella se descubre alguna vehemente pasion de amor, odio, temor, indignacion, ó dolor, son pocos los hombres que por la experiencia no lo sepan. Entónces aquel fantasma, ó deleytable, ó desapacible, se fixa en la fantasía profundamente, y esta lo aumenta, y engrandece, presentándolo de quando en quando al alma con mayor viveza, conmoviendo al mismo tiempo el cuerpo, y sus espíritus para seguirlo, ó para desecharlo, con tal ímpetu, y esfuerzo, que si no enloquece entónces, queda por lo menos obnubilada la mente del hombre, y tan confusa, que se disminuye su libertad considerablemente, y no tiene aquel reposo, y quietud necesaria para pesar despacio las razones del uno, y del otro extremo, aprobando solamente durante aquel tumultuoso desconcierto las razones que estan de parte de la eleccion, ó de la fuga del objeto propuesto. No debe, pues, causarnos maravilla el ver que el alma, no pudiendo sufrir la inquietud que experimenta dentro de sí misma, se determina muchas veces á sosegarla, practicando, ó poniendo por obra lo que la pasion le dicta; y esto no por otra causa, que por librarse de tan pesada molestia, como un mal contrario á la felicidad propia. Sucede esto por lo comun quando el alma está profundamente sumergida en algun vicio, agoviada de una mala costumbre, ó arrastrada por el desarreglado amor, ú odio de algun objeto. Hará muchos propósitos en su corazon un aficionado con exceso al vino, ó al juego, ó uno que se halle enredado en un peligroso, y pecaminoso amance-

ba-

ha enriquecido nuestro Criador, y Bienhechor con la facultad intelectual, que es un medio el mas eficaz para descubrir las preciosas minas de la verdad; siendo un consejo muy sano el que cada uno se aplique atentamente á tan provechoso trabajo, según la capacidad de su ingenio, y la proporcion de su estado. Con esto se logrará seguramente (aunque no siempre) el buen orden del entendimiento del hombre. Y aunque por los motivos ya insinuados en otra parte no puedan lograr todos los hombres (siendo pocos los que pueden) este orden por medio de las artes, y ciencias, aún nos queda otro orden, de que son capaces todos los racionales, por estar en su mano el conseguirlo: este es el sincero, y zeloso amor de lo verdadero, y de lo bueno, á quien debe acompañar el aborrecimiento de lo malo, y de lo falso, y de toda acción moralmente desordenada; esto es, reprobada por la ley de Dios, ó de la naturaleza, ó por los decretos de los superiores, ó finalmente por el comun sentir de los sabios, y prudentes. Plántado, y bien arraygado en el corazón del hombre, y en su voluntad este amor precioso, acompañado del mencionado aborrecimiento, aseguro que se halla en él la prerogativa principal para que su ánimo pueda llamarse bien ordenado. Entónces se dexa ver en las acciones humanas un orden recto: aparece entónces la elección de un fin qual conviene á una criatura dotada de razon, y se ponen en execucion los medios proporcionados para conseguir este fin. Entónces la verdad, y bondad moral son el fin secundario mas noble que puede el hombre proponerse; porque con ellas se consigue el fin primario, y último, que es el de servir, y agradar á Dios, y lograr para sí la mayor felicidad; pues el que con verdadero amor suspira por conseguir este fin dichoso, facilmente conoce, y pone los medios para alcanzarlo. Propóngase á un amante del bien, obrar (sea docto, ó sea idiota) una acción pecaminosa, ó injusta: apenas llega á divisar su malicia, quando todo tiembla, se horroriza, se inmuta,

ta, y con todas sus fuerzas procura apartarse, y resistir, desechando aquel objeto que le causa horror. Sabiamamente se dixo: *Que el fuego prueba el oro, y que este metal prueba á la muger.* Grande hechizo, orador eloquente, y poderoso es el oro, aun quando solamente se presenta á nuestra fantasia, cuyos dañosos efectos cada dia se ponen delante de nuestros ojos. Pero resplandezca, y brille quanto quiera, represente con su muda poderosa eloquencia los bienes, y conveniencias que puede causar en esta vida, con todo, una muger amante de la honestidad (digamos lo mismo de un hombre de bien) lo mira, y reputa por un ladrón asesino, que intenta robarle la preciosa joya de la honestidad, y de la virtud. Por el contrario, preséntese á un verdadero virtuoso la ocasion de honrar, y glorificar á Dios, de hacer justicia, ó beneficio á su próximo, ó de exercitarse en otras obras buenas, proporcionadas á sus fuerzas, y á su estado; al punto las pone en execucion, ó si acaso no puede por entónces practicarlas, por lo menos lo desea con todas veras. En suma, el que dentro de sí mismo reconoce este buen afecto, obra siempre, ó desea obrar según le dicta la buena razon. Así para decir que en un alma se encuentra este buen orden, y bella armonía, nada mas se requiere que el ver su modo de obrar, conforme siempre, y ajustado á la recta razon.

S. VI.

Quando hablo de este modo, no es porque yo no advierta alguna, ó mas desgracias á que está sujeto aun el que ama de todas veras lo bueno, y lo verdadero. Puede suceder que nuestro entendimiento aprenda alguna vez lo que es falso como verdadero: puede acaecer tambien que ponga en la lista de lo bueno lo que realmente es malo. Los ignorantes suelen padecer estos fatales errores. Quando el error ocupa, ó preocupa el entendimiento, le sigue por lo comun la voluntad, y ved aquí lo que yo he llama-

ma-

mado desorden del alma. Pueden además de esto los apetitos aun no bien domados, las pasiones feroces, y más las repentinas, producir fieras revoluciones aun en aquellos sujetos que aman de corazón la verdad, y la honestidad. Por lo que podría inferir alguno contra lo que dexamos dicho, que no basta el amor á lo verdadero, y á lo bueno para poder atribuir á nuestra alma aquel buen orden que queda ya establecido. A esto respondo, que yo no hablo aquí de los Espíritus Angélicos, cuyo entendimiento, y voluntad por hallarse siempre fixos en Dios, y participar de su luz, ni se engañan, ni se pueden engañar, y de consiguiente jamas pueden caer en este desorden. Yo hablo aquí de almas unidas con su cuerpo, viadoras en este mundo, hablo de hombres, que son vasos de tierra quebradiza, capaces de errar por malicia, ó ignorancia, y no libres de cometer muchas culpas: de estos hablo, y en estos bien puede desearse aquel orden perfecto de que gozan en el Cielo los Bienaventurados; pero no debemos esperar lo sino en aquellos á quienes la Divina Misericordia favorece singularmente con su santa, y poderosa gracia. Por lo demas es cierto que los errores involuntarios del hombre no desconciertan el buen orden, y armonía de su alma, con tal que no los cause la demasiada negligencia, ó los fomente la soberbia, ó finalmente los conserve, y defienda la obstinación, y pertinacia. Aunque entónces se engañe el entendimiento, aun se conserva el alma unida con Dios, con la virtud, y con la razón, porque se persuade, que solamente quiere, y sigue lo que quiere Dios, la razón, y la virtud. El Justo, y Clementísimo Dios no nos imputa á culpa lo que ignorantemente creemos que está bien hecho, juzgándolo nosotros por honesto, y justo; porque no exige de nosotros el que sobre las fuerzas de nuestra capacidad atendamos en todos los casos, y accidentes á la verdad, y bondad que puede hallarse en nuestras acciones. Para formar una culpa es necesario el conocimiento de la causa del mal, y el concurso de la voluntad, mediante el

ya

ya insinuado conocimiento. En suma, el involuntario excusa de culpa por lo comun; y donde no hay culpa, allí hay orden en el alma. Mas para no engañarnos en esto, conviene saber, que yo no he fixado el orden conveniente al alma racional precisamente en el amor de lo verdadero, y de lo bueno; he añadido que este amor ha de ser zeloso, y sincero. No suele tener muchas veces estas precisas qualidades, como ya dexamos advertido en el Capítulo XI. El que con sinceridad, y buen zelo camina en busca de la verdad, y del bien obrar, con dificultad se engaña, ó se desengaña facilmente; y por esto, y con esto á lo menos queda asegurado en el hombre el buen orden que le conviene.

§. VII.

POR lo que pertenece á los deslices, y caídas á que estan expuestos aun los que con mayor sinceridad, y zelo aman, y desean lo verdadero, y lo bueno, causadas por la impensada impetuosa fuerza de los apetitos, y pasiones violentas, y mal refrenadas: caídas, que por ser voluntarias, ó en sí, ó en su causa, no excusan de culpa, siendo cierta esta miseria de la naturaleza humana, conviene confesar, que semejantes deslices, y caídas causan el desorden en nuestras almas. Pero tambien es verdad, que el que tuviese bien arraygado en su corazón el aborrecimiento al mal, y á todo lo que es contrario á la recta razón, apenas advertirá su deslíz, y caída, quando se levantará como la palma con vigor, y presteza. Al punto le dá en rostro con el error cometido su misma conciencia, y por tanto, el disgusto, y arrepentimiento de haber incurrido en aquella culpa corren á restablecer el buen orden en su alma; siendo muchas veces estas mismas caídas, y flaquezas causa impulsiva para que se acrecienten con mejoras aquel buen orden que antes tenia; porque descubriéndose la flaqueza que antes no se conocia quando la soberbia del corazón la ocultaba, en-

Tom. II.

C

tra

tra en su lugar la humildad verdadera, que es el medio mas eficaz, y seguro para restablecer, y conservar el buen orden en las potencias del alma. El que quando obra mal no siente dentro de sí mismo semejante aborrecimiento, este puede decirse que duerme en sus pecados: no sucede esto al bueno, el qual no halla quietud, ni reposo hasta que vuelve á entrar en el buen camino. Y pluguiese á Dios, que quando el hombre piensa seriamente en reformarse á sí mismo, sintiese en su corazón un sincero, y cordial amor de la verdad, y de las acciones moralmente buenas, con una aversion, y aborrecimiento al pecado: debería regocijarse por hallarse en él el principal constitutivo de la sabiduría, y buen orden, qual conviene que tenga la racional criatura. Lo mas prodigioso acerca de esto es, que muchas veces se halla este buen orden, ó disposición de ánimo para tenerle (por lo menos en lo que toca á la voluntad) en gente idiota de ambos sexos, en jóvenes de perspicaz, y claro entendimiento, y aun en toscos, y rudos villanos. Gran vergüenza debería causar á los que se tienen por sabios, y han leído en muchos libros, y que pretenden ser tenidos por grandes ingenios, el verse excedidos en bondad por los que acabamos de referir; y mucha mayor confusión debe causar á estos sabios del mundo el obrar las mas veces contra la razon, dexándose llevar del bien útil, ó deleytable, sin atender al bien honesto, mas apreciable, y conveniente. Mucho conviene el saber para llegar á ser sabio; esto es, para adquirir altísimos conocimientos de las verdades, y demas cosas pertenecientes al buen gobierno del hombre; pero el saber mucho, y el obrar mal comunmente, esto no merece otro nombre que el de ignorante, ó de perverso, é iniquo, quando no se le aplique el título de loco. Ya es tiempo de poner á la vista nuestros principales apetitos para buscar el modo de regularlos bien para que no nos arrastren á obrar cosas indignas de quien está dotado de razon. Nuestros apetitos, y pasiones son en sí movimientos natu-

turales, que no tienen término, ni límite, y pueden malearse, y pecar, ó por defecto, ó por exceso, necesitando por tanto, así como muchos caballos, y unas veces de espuela, y otras de freno, como ahora veremos.

CAPITULO XXVIII.

Del buen régimen del amor propio.

S. I.

EL Apostol S. Pablo escribió muy á nuestro propósito, diciendo en su Epistola segunda á Timoteo, cap. 3. "Habrà hombres amantes de sí propios, codiciosos, engreidos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, perversos, sin amor, sin paz, &c." Prosigue el Santo repitiendo casi lo mismo: "Vendrán, y habrá hombres amadores de sí mismos, llenos de codicia, altaneros, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, malvados, sin amor á los otros, y sin paz consigo mismos." Todos estos vicios se hallarán en ellos por el demasiado amor propio. El intenso amor que nos tenemos, mientras escucha la voz de la razon, ya regulado segun la ley, y se acomoda á las máximas del Evangelio: este es propio de hombres sabios, y puede ser un promotor de buenas obras, y una guia, ó conductor á todo género de virtud; pero dividiéndose este por nuestra desgracia en tantos, y tan diversos apetitos, de los quales cada uno quiere quedar satisfecho, y apagado, agitan, y conmueven de quando en quando nuestra alma de tal manera, que la razon, destinada para reprimir, y contener este impetuoso torrente, muchas veces no puede contenerlo, y le dexa libre toda la campaña, para que corra, y se extienda á sus anchuras. Sucede esto de dos modos, como ya hemos dicho; el uno sia que lo advirtamos, ó reflexionemos; el otro quando aun con los